

LA MOSCA PORTUGUESA

La canícula pegaba fuerte cuando decidimos renunciar a los bocadillos que llevábamos en la mochila y comer en aquel restaurante que, cual milagrosa aparición, se presentaba salido del solitario paisaje.

Hierbabuena, rezaba el cuidado cartel pintado a mano. Ya dentro, un coqueto espacio con luz agradablemente tamizada, mesitas cubiertas de manteles en color calabaza, con sus correspondientes *violeteros* conteniendo gerberas de colores, a juego con los manteles, y estos, a su vez, a juego con el color de las paredes, en las que se resaltaba algo de piedra vista, proporcionando, todo ello, una agradable sensación.

La cuidada carta no decepcionó al comprobar la verdad de las posibilidades enunciadas en la misma. A un helado puré de melón, en el que flotaba una hoja de hierbabuena, y al que se le había añadido unas virutas de jabugo rebajaba el efecto de la calorina acumulada en el camino. A esto siguieron unos filetes de lenguado marinados al limón de los que se desprendía un ligero aroma a eneldo acompañados de una guarnición de verduras en juliana, nadaban en un sabroso aceite de oliva espolvoreada con lo que parecía huevo rallado. En una de las esquinas del plato unas rojas huevas de salmón daban un toque de color al conjunto. Facilitó el trasiego de las viandas una botella de verdejo, y un milhojas casero, en el que se advertía un sabor a miel de encina, recubierto de trocitos de

almendra constituyó el postre al que siguieron los cafelitos salpicados con tres gotas de leche. Unos cuidados orujos a los que hicimos los correspondientes honores fueron el colofón del ágape.

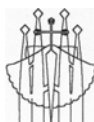
Era el momento de las confidencias y el revolotear de una persistente mosca alrededor de mi copa de orujo, me trajo a la memoria una anécdota sucedida en el Camino Primitivo.

Me dirigí al ahora silencioso Caminante y comencé mi relato. Así como ahora, el calor empujaba a la búsqueda de una sombra, por eso, comprobé alborozado como, a la derecha del camino por el que marchaba, se abría en un pequeño bosque un caminejo de los que en Galicia llaman *corredoira*, callejo en Cantabria y en Asturias posiblemente *camín*. Pues bien se llame como se llame, accedí a él esperando mitigar el calor con la umbría del bosquecillo.

No bien había andado unos pasos cuando comprobé, que el tal caminejo, era en realidad un río formado por el agua retenida de las recientes lluvias densamente mezclada con los excrementos de mil vacas. No paró aquí la sorpresa, una nube impenetrable de moscas que se alzaron del líquido suelo, en enjambre tal, impedían ver el final del caminejo.

Al ver el gesto de sorna del Caminante insistí en que, en nada exageraba y que aquel *chapapote biológico* y todas las moscas del mundo, así lo parecían, me hicieron volver al bochorno del camino.

No creo que exageres, me tranquilizó del Caminante, me sonreía pues tu relato me ha traído a la memoria sucesivos encuentros con la pesada, insistente, agresiva, tenaz, pertinaz y al final odiosa



mosca portuguesa.

Así como yo, tu habrás tenido contacto con ellos, y conocerás lapicadura de los tábanos, un tipo de mosca que en Cantabria llaman **rocinera**, esas nubes de diminutas moscas que, en densas nubes alrededor de tu cabeza te siguen tiempo y tiempo, la en Catalunya llamada **mosca cojonera**, incluso el amago de ataque de algunas abejas molestas por cruzarte en su espacio aéreo. Pues bien, nada de esto es comparable al suplicio que te inflige **la mosca portuguesa** en los días de estancia en la tierra de nuestros vecinos.

En las diferentes veces que he caminado por Portugal, y han sido cinco, al pasar a suelo portugués, una mosca se ha pegado a mi hombro. He llegado a pensar que son **moscas funcionarias** que esperan pacientemente la llegada de un extranjero para instalarse encima de él y atacarle sin piedad durante todo el tiempo de su estancia en el vecino país.

Así como las moscas españolas se limitan a tratar de succionar los líquidos de la piel, la mosca portuguesa, más ambiciosa, trata de instalarse en los lacrimales, comisura de labios, o meterse en el oído y, a poco que te descuides, la tienes dentro de alguna de tus fosas nasales, es decir donde la humedad y mucosidad son más abundantes. ¡Ah!, y muerden

Tratar de espantarla, –sólo es una–, es abofetearte continuamente sin piedad. Conoce además mil trucos y triquiñuelas para exasperarte. Parece haberte abandonado y cuando te lo crees, de nuevo, sin saber de donde ha salido, la tienes chupando de algunos de los puntos citados. Es entonces cuando recuerdas la dieta base de las moscas en general, lo

cual aumenta tu asco y zozobra al no ser capaz de librarte de ella.

Yo, hizo una pausa el Caminante para trasegar un sorbito de orujo, cual exploradora victoriana en África, he llegado a colocarme en la cabeza un gran pañuelo de tul. Intento inútil, no se como, pero la mosca ha conseguido colarse.

Hay días, cuando sales a caminar, la mosca, insisto en que solo es una y siempre la misma, no aparece y respiras aliviado. ¡Inocente! Es una treta, es para engañar. En su premeditado y sádico comportamiento se ha escondido detrás de tu oreja y en una hábil maniobra, antes de que puedas evitarlo, ya la notas en uno de los cornetes de tu nariz.

Son moscas que no meten ruido, no zumban, como las otras a tu alrededor. Son silenciosas y sin embargo, son moscas de peso. Notas la rotundidad con que se posan en tu físico, su caminar sobre tu anatomía a la búsqueda de fluidos.

Y en tamaña compañía van pasando los días y siempre, por la mañana, ¡plaf! **la mosca portuguesa** a la búsqueda de su diario alimento del que tú eres el único proveedor. El fenómeno de **la mosca portuguesa** se da en todo el vecino país. Norte, sur o centro, es igual entres por donde entres, al pasar la línea imaginaria de la frontera serás colonizado por una **mosca portuguesa**, que vivirá a tu costa y que, así como súbitamente apareció para vivir a tus expensas, de la misma manera desaparecerá cuando vuelvas a pasar la línea imaginaria de la frontera, esta vez en sentido contrario.

¡Un calvario! Dijo, tomando el resto del orujo, y más quedo aún ¡Y cómo muerden!

El amigo del Caminante

